

de Miraflores y el mismo Sr. González Romero... Pero éstos son de los que no se enteran de nada, y cuando desean una cosa se forjan la ilusión de que los demás también la quieren... ¡Valiente ganado el de los caballeros políticos!... Andad, andad, hijos, por donde os llevan vuestros pastores, y no salgáis del caminito que se os marca... Duro ha de ser para la Reina decirle á D. Juan: "Mira, Juan, ese nombramiento que traes á favor de Tarancón, te lo guardas y haces de él lo que quieras... No has de ser más que mi madre, y á mi madre tengo que decirle también que se guarde su candidato, el pomposo Sr. Lezo, á quien yo, por mí y ante mí, nombré *Obispo de Farsalia*... Ni has de querer compararte con mi tío D. Francisco de Paula, que me traía puesto en salmuera para Patriarca al Padre Cirilo, y también tiene que guardárselo para mejor ocasión. Patriarca de las Indias será D. Tomás Iglesias y Barcones, y no se hable más del asunto.", Esto le dirán, y D. Juan se irá á comer calladito sus chorizos, y á discurrir, para cuando se desocupe del arreglo de la Deuda, la reforma de la Constitución, dejándola en los puros huesos...."

Y ya cogiendo el sueño, apagadas las ideas, dispersas las imágenes, las recogió de la blanca almohada para dormir con ellas: "Y acabada una, se arma otra... la cuestión de la Comisaría General de Cruzada... Esa sí que será gorda... Los Ministros, que siempre están en babia, quieren meter en la Co-

misaría á ese Nicasio Gallego, que según dicen es poeta... Ya podéis limpiaros, que estáis de huevo... Y parece que los poetas ya le dan la enhorabuena al D. Nicasio... como si lo tuviera en la mano. ¡Pobres majagranzas!... Con estas peripecias no puede una pensar en sus cosas... Mañana tarea de cera. La Semana Santa, con la nueva feligresía, será muy lucida, muy lucida, y... ¡dinero, dinero!... Lindas botas con caña de taflete verde te voy á comprar... Tomín... ¡Ay! que no me ponga á soñar ahora... Rezo un poquito: "Dios te salve..."

## XVI

La nueva morada de Lucila y Tomín era un segundo piso, calle de San Bernabé, lugar ventilado y alegre, con vistas al Manzanares y lejanos horizontes que comprendían la Casa de Campo, pradera de San Isidro y término de los Carabancheles. Para escoger aquella vivienda no se fijó Lucila principalmente en su amena situación ni en los aires salutíferos que la bañaban: aunque todo esto era muy de su agrado, no se determinó á mudarse mientras el tratante en leñas, José Rodríguez, primer amparador de Gracián, y *el Ramos* de la calle de Rodas, no le dieran, con su palabra honrada, garantía de la seguridad que allí tendría el perseguido Capitán. Bajo tal fianza, accedieron ambos á

compartir la casa modesta de un acomodado matrimonio. Era él propietario de tierras en la Villa del Prado, su patria, pero á la descansada vida de labrador prefería la inquieta de tratante en uvas por Agosto y Septiembre, y en ganado los demás meses del año. Antolín de Pablo salía cada quincena para Villaviciosa, Sevilla la Nueva, Villa del Prado y Cadalso de los Vidrios, y volvía con carneros y terneras para el matadero de Madrid. Su mujer, Eulogia Ciudad, había sido criada de una Marquesa, que al morir le dejó un legadito: era persona de agrado y habla fina. Privada de sucesión, Eulogia se consolaba en la cría y cuidado de animales. Sus gatos llamaban la atención por la brillantez del pelo así como por la mansedumbre; sus perros sabían llevar y traer un cesto con recado. La casa se comunicaba por la planta baja con un corralón donde Eulogia tenía gallinas ponedoras, dos cabras, un cordero, un gamo, dos galápagos, un erizo, una jabalina de corta edad, domesticada, dos maricas también en vías de civilización, y un borriquillo. Representaban el reino vegetal dos almendros, un saúco y un albaricoquero, que un año sí y otro no cargaba enormemente de fruto.

Simpáticos fueron á Lucila y Tomín sus patronos, y para el Capitán fué una expansión gratísima el permiso que se le dió para bajar al corral, siempre que quisiese engañar allí las horas aburridas de su prisión. Cuando á sus quehaceres salía Cigüela, el pri-

sionero cogía un libro, bajaba con ella, y la despedía en el portal diciéndole: "Yo me voy al Paraíso Terrenal, y allí me encontrarás cuando vuelvas." Comunmente le encontraba gozoso, distraído, con un perro á cada lado, que se habían constituido en amigos y guardianes, y allí se pasaba las horas muertas, sin leer nada, tratando de entenderse en primitivo lenguaje con las maricas.

Por la noche, en la habitación que ocupaban, la cual era muy espaciosa y alegre, Lucila le daba cuenta de lo que sabía referente al indulto, y él no ocultaba su tristeza por la prolongación de un estado que no era de cautiverio ni de libertad. Aquel auxilio que de persona para él desconocida recibía le llenaba de inquietud. "Yo no quiero agradecer mi libertad más que á tí, Cigüela—le decía,—y los recursos que no vienen de tí me enfadan y me lastiman. Si yo escribiera á mis padres, bien pronto me vendría de Medellín todo lo necesario para vivir. ¿Sabes por qué no les escribo? Por que si escribiera, mi padre vendría sin demora por mí, y su primera providencia sería llevarme consigo y separarme de mi Lucila, de mi ángel tutelar... Eso no será. Contigo siempre... O nos salvamos juntos, ó juntos pereceremos... Pero también te digo que ya me cansa esta vida boba. El Paraíso Terrenal ya da poco de sí, y ahora me entretengo en dar vida real á las Fábulas de Esopo. Ya he conseguido que se entiendan el galápago y el burro, y que las maricas dejen de soliviantar á las

cabras para impedir á la jabalina que vaya á pastar con ellas... El gallo es de una pedertería irresistible, y uno de los perros, el llamado *Moro*, se entiende con el carnero y el erizo para quitarle al gallo la gallina que más ama, que es una pintadita, con aires de manola....”

Opinaba Cigüela que una vez logrado el indulto, debía tratar Tomín de volver á la gracia de su familia; no veía tan difícil que los de Medellín transigiesen con la que había sido compañera y sostén del Capitán en aquel terrible infortunio. Confiaba ella en conquistar á los padres con su buena conducta, y terminaba diciendo: “Si tú me quieres, como dices, y tienes mi compañía por tan necesaria en la felicidad como en la desgracia, no necesitamos ir en busca de tus padres: ellos vendrán á nosotros...”

Esto decía la moza, y á veces lo pensaba; mas ni su pensamiento ni sus propias palabras optimistas la desviaban de su negra suspicacia. Una tarde de fines de Marzo, ó principios de Abril (que la fecha no está bien determinada en las Historias), hallándose con Domiciana en San Justo, hubo de apremiarla con energía para que obtuviese resolución clara y pronta del dichoso indulto. Dió respuesta la protectora, como siempre, reiterando las seguridades de gracia, y encarando la prudencia mientras aquella no fuese un hecho. Abstuviérase, pues, el Capitán de presentarse en público, lo que no era en verdad gran sacrificio, toda vez que

tenía buena casa, y disfrutaba del desahogo de un corral poblado de animalitos. A esto replicó Lucila que no podía ya sujetar á Tomín, cuyas ansias de libertad le movían á temerarias imprudencias. Por una puerta que rara vez se abría, comunicaba el corralón con los despeñaderos que desde aquellos lugares descienden hasta la Ronda de Segovia. Contraviniendo las exhortaciones de Eulogia y Lucila, el Capitán desatrancaba alguna tarde la puerta, y se daba el verde de un paseito por los andurriales de la Cuesta de la Mona ó por Gilimón. “Ayer mismo—dijo Lucila para termiñar su referencia,—me dió un horroroso susto. Cree que si Tomín fuese niño no me habría cansado de pegarle. Pues llevo á casa, entro en el corral, y me dice Eulogia que el señor Capitán se había ido por la puerta de abajo... Salí como un cohete... ¡Qué angustia! No puedes figurártelo... Por fin, ¿dónde creerás que le encontré? En un sedadero de ropa que hay por aquella parte, no sé cómo se llama, orilla de la calle de la Ventosa. Me dijo que se aburre, que siente una querencia loca de ver gente y de hablar con todo el mundo... Le cogí por un brazo y me le llevé á casa. Yo lloraba... Prometió no volver á escaparse; pero yo no me fio... Es el valor, Domiciana, el maldito arrojó, el desprecio del peligro. Lo tiene en la masa de la sangre, y no puede con él.

—Pues para sujetarle y poner trabas á ese valor, que no viene á cuento, hay un recurso, Lucila, y es meterle mucho miedo.

—¡Miedo... á él!

—No se trata de ponerle un espantajo como á los gorriones, sino de amenazarle con peligros muy verdaderos. Dile que en estos días anda la policía muy atareada, cazando con bala ó con liga, como puede, pajarracos masónicos y militares sin seso. Sepa el buen Gracián que ya han caído algunos, como él escapados de las Peñas de San Pedro. Ya están en el Depósito de Leganés algunas docenas de estos desgraciados, y cuando caigan los que quedan se formará una linda cuerda para Filipinas, que deje tamañitas á las que mandó en su tiempo el muy *crúo* de Narváez... A su casa no han de ir á buscarle; pero en la calle ¿quién responde...?.,

Aterrada, no pudo Lucila ni aun pedir aclaración de tan graves noticias.

“Parece que lo dudas...—añadió la otra. —Para que te convenzas... lo he sabido por el propio cosechero, D. Francisco Chico... ¿No me viste ayer en la tienda hablando con un señor de lucida estatura, patillas de chuleta, viejo él, pero muy tieso, ojos vivos, nariz chafada?... Pues aquél es el jefe de nuestro ejército policiaco y el más listo pachón que ha echado Dios al mundo. Mi padre y él son amigos... A mí me considera... Rara vez llega por la tienda. Ayer vino; subió á casa y vió aquel bargueño antiquísimo que tenemos... porque Chico es un águila para dos cosas: la cacería de criminales y el compravende de cuadros y muebles de mérito.”

Lucila suspiró. En rigor, alegrarse debía de aquellas amistades de los cereros con el temido y famoso Chico, y ellas daban fuerza y lógica á las seguridades de que Tomín no sería cogido en su casa. ¿Pero cómo explicarse que Domiciana no le hubiera en anteriores ocasiones hablado de aquel conocimiento? Las dudas y el recelo, como bandada de siniestras aves, revolotearon en torno suyo, y una sombra nueva se añadió á las que ya entenebrecían su alma.

Salió de la iglesia con intento de ir á su casa; pero acordándose al paso por Puerta Cerrada de que no había visto á su hermano pequeño, Rodriguín, en tantísimos días, tiró por la calle de Segovia en dirección del taller de botería donde el muchacho aprendía el oficio. Mala hierba había pisado aquel día la guapa moza, porque no bien entró en el taller, le salió al encuentro una nueva desdicha en la figura de su señor padre, Jerónimo Ansúrez, el cual le saludó con el tremendo jicarazo, *verbigracia* noticia, de que le habían dejado cesante.

“Hija de mis entrañas—dijo el afligido y gallardo castellano, desentendiéndose de los consuelos que los maestros boteros le daban,—ya ves la mala partida de ese indecente Gobierno de los *honrados*, por mal nombre... Aquí tienes á tu padre, despedido de aquella gloria, donde estaba tan á gusto, que ya no habrá para él lugar que no le parezca infierno; aquí le tienes otra vez en mitad de la calle, con el día y la no-

che por hacienda y el vagabundear per oficio. Díganme todos si no es esto una marranada, dispensando, y si no nos sobra razón á los españoles para tronar, como tronamos, contra este Gobierno, y el otro y todos, y contra la pastelera alianza del *Trono y el Altar*, contra tanta cancamurria de Libertad y Constitución, y contra la birria asquerosa de Moralidad y Economía, que es pura materia, perdonando... ¿Qué hice yo para que me despidieran? ¿á quién falté, con trescientos y el portero? ¿quién dió queja de mí, si todas las cantatrices y bailadoras, así de plana mayor como de filas, me querían como á las niñas de sus ojos?... Pues ello ha sido por colocar al marido de la pasiega que le está criando el nene al sobrino de un Ministrejo, y busca buscando plaza, han visto la mía, y ¡zás!... Nación maldita, ¿por qué no te arrasaron los moros, por qué no te taló el francés y te descuajó el inglés, y entre todos no te raparon el suelo hasta que no quedara en él simiente de persona viva?„

Esta y otras imprecaciones, desahogo de su furia, fueron oídas con lástima por todos los presentes, con espanto por Lucila, que rondada se sentía de negros presagios. La desdicha del pobre Ansúrez retumbaba en el corazón de su hija como los pasos de un terrible viajero afanado por llegar pronto. Era su infortunio, el dolor de ella, más intenso que el de su padre, dolor inminente, cercano ya...

## XVII

Con pena de abandonar su casa y el cuidado de Tomín, consagró Lucila la mañana siguiente á los deberes filiales. El buen Ansúrez necesitaba consuelos, tiernas palabras que le infundieran ánimo y confianza, ideas y razonamientos juiciosos para pescar otro empleo. Hija y padre disertaron, esparciendo ansiosas miradas por todas las políticas aguas que conocían. ¿A qué pescadores podrían arrimarse? Con el Sr. Taja, que había dado á Jerónimo su primer destino, en la portería del *Fiel Contraste y Almotacén*, no había que contar ya. El Sr. Zaragoza, que le había empleado en el Teatro Real, no era ya jefe político ni estaba á la sazón en Madrid, y para llegar al nuevo Gobernador, D. Melchor Ordóñez, no veían ningún camino. ¿A quién volverse, á quién marear y aburrir hasta obtener la credencial, concedida por la fuerza del tedio más que por la piedad? Indicadas y discutidas diferentes personas, el astuto Ansúrez, sabedor de las amistades de Lucila con Domiciana y de las excelentes agarraderas de ésta en Palacio, ó sabe Dios dónde, la diputó por la mejor santa en quien debía poner toda su fe. Conforme Lucila con esta opinión, quedaron en que al siguiente día se verían hija y padre con la cerera para empezar la ruda campaña. En

éstas y otras conversaciones se le fué á Lucila toda la mañana y partè de la tarde, porque cuando impaciente quería despedirse, su padre la cogía de los brazos y la retenía, gozoso de verla y escucharla. Rodriguín también tiraba de ella, y los maestros boteros no se cansaban de admirar su hermosura. En la botería se aposentaba Ansúrez, y allí aguardaba la visita diaria de su hija. Prometió ésta no faltar ningún día, y abrazando á su padre le dejó entre sus amigos, rodeado de aquellos imponentes pellejos hinchados de viento, que tanta semejanza tenían con los hombres públicos de aquel tiempo... y de otros.

Desalada tomó Lucila el camino de su casa. Por evitar un largo rodeo y ganar tiempo, puso á prueba sus pulmones apechugando con la Cuesta de los Ciegos, que subió de un tirón hasta Yeseros y la Redondilla, y de allí en cuatro brincos se plantó en la calle de San Bernabé. Llegó á su casa pensando que Tomín estaría inquietísimo, poniendo en fábulas tristes á todos sus animales... Como exhalación pasó de la puerta al corral, donde le salió al encuentro Eulogia con cara de susto, que á Lucila le pareció una máscara, pues nunca había visto tan alteradas las facciones de su casera. Antes de que se le preguntara por el Capitán soltó la buena mujer esta bomba: "No está... no ha vuelto desde las diez de la mañana... El primer impulso de Lucila fué rebelarse animosa contra el Destino; y sacando de su

alma las primeras fuerzas con que á la lucha se disponía, respondió: "Ya vendrá... le encontraremos... ¡Qué loco es, Dios mío! No vale que una le diga... no vale que se le recomiende... Andará por ahí hecho un tonto, viendo tender ropa...," Reiterando la noticia en forma desconsoladora, Eulogia dijo que ya habían pasado más de seis horas desde que se perdió de vista; que sobre las doce, alarmada de la tardanza, había mandado á Colás (un chico de la vecina) en su busca, y que Colás volvió á la una diciendo que, recorridos todos los lavaderos, todos los secaderos, las vueltas, recodos y precipicios de la Mona y Descargas, registrada después la Ronda de Segovia de punta á punta, sin omitir taberna, figón, juego de bolos ni herradero, no había encontrado rastro del señor Capitán. Oído esto por Lucila, quedóse la buena mujer paralizada del pensamiento y la voluntad, sin que su mente pudiera hacer otra cosa que medir la longitud de los espacios recorridos inutilmente por Colás. Pronto se rehizo, y apartando con una mano á uno de los perros, con otra á la jabalina, que le estorbaban el paso, más con la actitud que con la palabra dijo que ella le buscaría... Todo era posible menos la desaparición, la pérdida del Capitán, como podría perderse una de las maricas, ó el gamo de pies ligeros.

Salió, pues, en loca marcha, corriendo de un lado á otro, y esparciendo su mirada por aquellos polvorientos espacios... Si en un

instante creía ver á Tomín, el instante siguiente traía el frío desengaño. Decidióse á preguntar á diferentes personas que encontraba. Algunas mujeres, sentadas al sol en la cuesta de la Mona, dijeron que le habían visto subir, á mano derecha... otras que bajar, á mano izquierda. En la Ronda de Segovia, repitió Lucila su angustiosa pregunta precedida de señas inequívocas: "un caballero joven, de buena presencia, con zamarreta de paño azul oscuro, botas de caña verde, gorra sin visera...". Una mujer que llevaba cesta de ropa, declaró por fin haber visto al caballero: viéronle pasar ella y su marido; éste, que le conocía de anteriores encuentros, hábale saludado... Dos horas después, al caer de mediodía, su Fabián, que era medidor en un almacén de granos, le había visto con dos sujetos, uno de los cuales le pareció *quindiya*... No pudo esclarecer su informe la buena mujer, que sólo repetía cláusulas sueltas de su marido, y apreciaciones en que ella no se fijó porque maldito lo que le interesaban. Cuando su Fabián volviese de Carabanchel Alto, á donde había ido por cebada, podría dar mayores explicaciones y noticias...

Rendida y sin aliento volvió á la casa Cigüela, y de tal modo á su espíritu se adhería la esperanza, que al subir pensaba encontrar á Tolomé. "Habrà dado la vuelta grande—se dijo,—subiendo la Cuesta de los Ciegos y entrando por la calle del Rosario, ó de San Bernabé...". Nuevo desengaño al

ver la cara triste de Eulogia: hasta los perros decían con su grave quietud que el Capitán no había dado vuelta grande ni chica... Ya no pensó Lucila más que en correr en busca de la cerera para comunicarle su mortal ansiedad. Sin darse cuenta de la distancia ni del tiempo empleado en recorrerla, fué á la cerería, donde se le dijo que Domiciana no había regresado aún, ni regresaría hasta después de prima noche. No quiso esperarla: angustiada voló otra vez hacia Gilimón, desoyendo la voz de Ezequiel, que con lastimero acento pueril se brindó á ser su acompañante. En el corral, mientras la casera recogía diligente á los animales menores, á otros daba el pienso y á todos prodigaba su maternal solicitud, vióse Lucila lanzada á senos profundísimos de tristeza, la cual acreció al extender la noche su lenta obscuridad. Pasado algún tiempo, Eulogia y ella subieron. Cuando entró la moza en el cuarto que habitaba, toda su entereza cayó de golpe al ver la ropa de Tomín, su cama, la mesa en que tenía libros, tabaco, un latiguillo, una caja de mixtos, papel y obleas, una herradura que había recogido en la Ronda, como signo de buena suerte, pues no le faltaban sus puntos de supersticioso... Ante estos objetos, se desató el dolor de Lucila, sin que la buena Eulogia con ninguna expresión de consuelo pudiese calmarla, y cogiendo la ropa entre sus brazos como habría cogido el cuerpo mismo del perdido Tolomé, echóse de bruces sobre la cama, y en las dulces pren-

das vertió todo el torrente de sus lágrimas con silencioso duelo.

Inútiles fueron las instancias de las vecinas para que Cigüela cenara: no cenaría mientras Tolomín no volviese. Eulogia le daba esperanzas que no tenía, y ella las tomaba sin hallar en su pensamiento lugar donde meterlas... Las diez serían cuando llegaron casi juntos Ezequiel y el medidor de granos Fabián, cuya mujer había dado á Lucila informes vagos del caballero desaparecido. Era un hombre de madura edad, grave, bondadoso, y su traza y modos inspiraban confianza. Eulogia le conocía, y Antolín de Pablo le apreciaba. Tan importante fué su declaración desde las primeras palabras, que en ella puso Eulogia todo su oído y Lucila toda su alma. Había visto tres veces al Capitán, la primera solo, en la bajada de la Mona, la segunda al pie del jardín del Infantado con dos hombres, que no eran amigos, porque le hablaban con malos modos... Después le vió con los mismos, ó más bien llevado por ellos, en la vereda que hay entre la huerta de Barrafón y la de las Monjas del Sacramento. "Para mí que le llevaban por atajos, ó como se dice, por sitios de poca gente, hacia las Cambronerías, para de allí pasar el puente de Toledo y conducirle al Depósito de Leganés...". La angustia no permitió á Lucila formular pregunta relacionada con el temido nombre de Leganés. "¿Y crees tú, Fabián—murmuró Eulogia con escalofrío,—que el Capitán está... allá?

—Como si lo estuviera viendo—replicó el informante.—¿A dónde sino allí podían llevarle aquellos Caifases? No pierdan el tiempo buscándole por acá, y acudan pronto... que pasado mañana sale cuerda. En Carabanchel me lo han dicho los guardias que harán la *conduta*..."

Silencio de muerte siguió á estas palabras.

"Pasado mañana sale cuerda—repitió Fabián con el acento que suele darse á las recomendaciones leales de previsión. Dudas crueles movieron el alma de Lucila, alterando en ella las fases del pesimismo. "¿Y si no está en Leganés?... ¿Si le han llevado á otro punto?...". En esto le tocó á Ezequiel expresar su mensaje, el cual era que hallándose Doña Victorina Sarmiento en peligro de muerte, Domiciana no podía separarse de su lado en toda la noche. A las ocho y media se recibió en la cerería el recado de Palacio diciendo que no la esperaran... Diferentes pensamientos, que no habría podido manifestar aunque quisiera, armaron gran alboroto en el cerebro de Lucila, que con las manos en la cabeza expresaba su enloquecedora confusión. Eulogia y Ezequiel la instaron para que comiese alguna cosa, no dejándose vencer de la debilidad en tan angustiosas circunstancias, y al fin la desolada moza probó algo de un guisote que la casera le trajo, y casi á la fuerza pasó para dentro medio vaso de vino. Despidióse Fabián llamado por sus quehaceres. Silenciosa y espantada hallábase Lucila como el que discute consigo mis-



mo dos diferentes especies de muerte, entre las cuales forzosamente y sin dilación tiene que elegir una... Su dolorosa perplejidad vino á parar, al fin, á una determinación súbita y rectilínea. Se levantó, fué á coger su pañuelo de manta que pendía de una percha, y echándose por los hombros, dijo: "Me voy á Leganés... Algún medio habrá de saber la verdad... Acompáñame tú, Ezequiel. Si necesitas licencia de tu padre, vete por ella y vuelve pronto.,,"

Respondió el bondadoso chico que la licencia la tenía ya, pues su padre le había encomendado, al salir de casa, que si Lucilita se veía precisada á dar pasos á cualquier hora de la noche, ó toda la noche entera, la asistiese y custodiase como lo haría el propio D. Gabino, si en tan honrosa obligación se viera. No le pareció bien á Eulogia que en noche oscura y con tan menguada compañía emprendiese una mujer caminata larga y peligrosa; pero no pudo desviar á Lucila de aquel propósito, semejante á la veloz de-rechura de la flecha lanzada. Salieron por el corral.

## XVIII

Ya embocaban á la cabecera del puente de Toledo cuando un desgarrón de las nubes, que cubrían casi totalmente el cielo, dejó ver un cuarto de luna, con desmayada luz

entre cendales, corriendo hacia los bordes grises que habrían de ocultarla de nuevo... "Lucila, mira, mira la luna—dijo Ezequiel creyendo que podría distraer de su pena á la pobre joven, comunicándole su admiración candorosa. Pero ni lunas ni soles podían iluminar la noche oscura que en su alma llevaba la hija de Ansúrez, y siguió en silencio. Marcha sostenida y regular llevaban: con el aire que al paso de los dos imprimió Cigüela en la bajada de Gilimón, se aproximaron á la entrada de Carabanchel Bajo. Pero aquí el potente impulso de ella empezó á flaquear; se detuvo un momento mirando las primeras casas, y preguntó á su acompañante si estaban ya en Leganés.

"¡Ay! no... Esto es Carabanchel Bajo... Si quieres, descansaremos un poquito.

—No... Entre casas y donde haya gente, no nos detengamos—dijo Lucila.—Sigamos, y á la salida nos sentaremos.,,"

Atravesaron el pueblo, esquivando el encuentro con los escasos grupos de personas que al paso veían, y al salir de nuevo al campo, Lucila hubo de aquietar un poco su marcha. "Nos cansamos sin necesidad—observó Ezequiel,—pues ¿qué adelantas con llegar á Leganés á media noche? Andemos despacio, y si á mi brazo quieres agarrarte hazlo con confianza, que yo no me canso. Por este camino venimos Tomás y yo de paseo algún domingo, y todo este campo me lo sé de memoria.,," Con lento andar llegaron á Carabanchel Alto; acelerando un poco pasaron el